

Coma
Compy

alex alonso

Misterios "en la GRAN CIUDAD"

La estación fantasma



ANAYA

A graphic featuring a name tag with the text "HOLA, ME LLAMO" and a large, stylized "X" background. The name tag is tilted and has a dark top half and a light bottom half. The "X" is formed by two thick, grey, brush-stroke-like lines. Two grey arrows point towards the name tag from the left and right sides.

**HOLA,
ME LLAMO**

**... y voy a resolver
este misterio.**

1.ª edición: marzo de 2025

© Del texto: Ana Campoy, 2025
© De las ilustraciones: Álex Alonso, 2025
© Del diseño: Álex Alonso, 2025
© Del mapa de la cubierta: THEPALMER/iStockphotos/Getty Images
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2025
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.es

Director editorial: Pablo Cruz
Editora: Carlota Echevarría
Asistente editorial: Mercedes González Grande

ISBN: 978-84-143-4312-8
Depósito legal: M-27270-2024
Impreso en España - *Printed in Spain*



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

¡Ana Comboy!

¡Alex y
el pinto!

Misterios en la GRAN CIUDAD

La estación fantasma



ANAYA

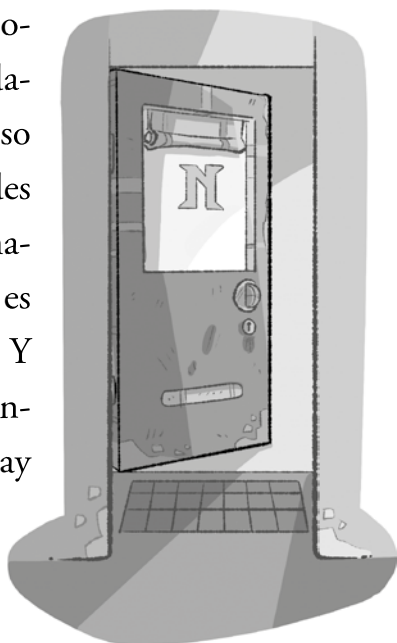
*Al pueblo valenciano,
valiente y resiliente.*

Capítulo 1



**Nunca se sabe lo que puede contener
una caja olvidada**

Dicen que septiembre es el mes en el que todo empieza de nuevo. Las clases comienzan, el verano llega a su fin y los días se hacen cada vez más cortos. A pesar de que el frío asoma a la vuelta del calendario, septiembre es precioso en Nueva York. Las tardes y las calles se tiñen de naranja. Podría decirse que es un mes con buena fama. Y si, además, tienes una tienda de objetos raros, no hay otro mejor para hacer inventario.



Antigüedades Niemann, la tienda que había heredado Cornelia, necesitaba una buena reorganización. El local llevaba sin funcionar todo el verano. Había estado cerrado desde que su anterior dueño, el señor Niemann, falleciera legándole todo a ella. Así que, Cornelia y su madre tuvieron que pensar en qué hacer con el negocio.

El deseo del señor Niemann era que la tienda siguiera abierta al público. Las reliquias y objetos de coleccionista rebosaban a la espera de que alguien los atendiera.

Cornelia solo tenía once años. Ni ella ni su madre podían asumir ese trabajo titánico. Si querían respetar los deseos de Niemann, no quedaba otra que contratar una persona que se hiciera cargo de la gestión. Por eso, decidieron buscar ayuda. Y fue entonces cuando Astrid entró en sus vidas.

Astrid, la nueva empleada, había llegado una mañana armada con un currículum impresionante. Había hecho un montón de trabajillos durante los veranos y, aunque no tenía mucha experiencia en tiendas de antigüedades, sus logros académicos eran inmejorables. La chica estaba en mitad de su

doctorado en Historia del Arte, formaba parte del periódico de la universidad y hasta se preparaba para la maratón de Nueva York. Cornelia vio enseguida sus capacidades, así que su madre y ella la contrataron de inmediato.

Pronto confirmaron que no se equivocaban. Astrid era lo más parecido a un ángel de la guarda, pues no había tarea tediosa que pudiera con ella. Tenía un verdadero talento organizando cosas. Era una suerte que alguien así hubiera llegado a la tienda.

Y no solo eso. Desde el primer momento, Cornelia sintió que podían confiar en ella. Hay gente con la que se conecta desde el principio, y Astrid era una de esas personas.

De hecho, aquella mañana de septiembre, la misma en la que tendría lugar la



jornada de presentación en el nuevo instituto, Cornelia decidió pasarse por la tienda.

Si cualquiera preguntaba, diría que quería echar una mano. Aunque la realidad era que se sentía agobiada por el comienzo de las clases. Todo era nuevo ese año y el primer día se presentaba como una montaña que parecía necesario escalar.

Pensó que saludar a Miguel podía levantarle el ánimo. Por eso, cuando llegó a la calle de Antigüedades Niemann, situada bajo la vía del tren elevado, echó un vistazo al escaparate de enfrente. Era posible que Miguel merodeara por Wangtronics, la tienda de electrónica de su familia. Ambos se habían hecho amigos poco después de que el señor Niemann muriera y Cornelia heredara el negocio. Hacía poco de eso, pero la chica ya sentía como si Miguel y ella se conocieran de toda la vida.

Sin embargo, no parecía que Miguel estuviera en Wangtronics. Cornelia resopló y entró en su tienda. A pesar de los ánimos bajos, cuando traspasó el umbral, el espectáculo le impresionó.

Astrid estaba rodeada de un montón de objetos desperdigados por todas partes. La empleada acababa

de colgar el teléfono y en ese momento daba indicaciones al electricista que se estaba haciendo cargo de renovar la instalación. Mientras se ocupaba del inventario, Astrid también apartaba del caos cualquier reliquia que fuera delicada.

—¡Menuda locura! —exclamó Cornelia al ver tanto ajetreo—. No sé si renovar la electricidad ha sido buena idea. ¿Necesitas ayuda?

—Qué va —rechazó la muchacha—. En realidad, es poca cosa. La instalación estaba muy vieja y es mejor evitar disgustos. ¡Oiga! ¡No deje eso ahí! ¡Ese mueble es muy valioso!

Estaba claro que Astrid poseía una gran capacidad para atender a varias cosas a la vez. Aunque Cornelia supuso que también tendría un límite. Tal vez no tuviera todo tan controlado. Le habría encantado saltarse la presentación en la escuela con la excusa de echar una mano.

—¿No tendrías que irte ya? —Era increíble que Astrid pudiera acordarse también del horario de Cornelia—. Es tu primer día. ¿No estás emocionada?

Cornelia iba a responder algo que no le comprometiera, pero el estruendo de una caja de herramientas

le salvó de hacerlo. Astrid salió del mostrador alarmada por el ruido. Lo hizo justo cuando un mensajero hizo aparición para entregar una caja.

—Déjela ahí —respondió Astrid, deseosa por irse a recoger tornillos.

—Sí, pero... tiene que firmarme la entrega —señaló el repartidor.



Tras escribir un garabato al que no prestó atención, Astrid acudió, al fin, en auxilio del electricista.

El repartidor se encogió de hombros. Dejó la caja junto a otras que había diseminadas por el suelo y salió de la tienda.

Cornelia entendió que ahí no hacía más que estorbar. No quedaban excusas. Era hora de irse a la escuela.



No es que Cornelia detestara las clases. En absoluto. Lo que no llevaba demasiado bien eran los cambios.

Ese año empezaba secundaria. Nuevo curso, nuevo centro y nuevos compañeros. Pero tantas novedades le hacían sentirse como un robot en mitad de la selva amazónica.

A Cornelia siempre le había costado hacer amigos. Le resultaba más fácil relacionarse con los libros. Puede que por eso hubiera congeniado tan bien con el señor Niemann. A pesar de la gran

diferencia de edad, sentía que aquel anciano la comprendía sin esforzarse demasiado. Sin duda era algo mutuo, porque el señor Niemann le había dejado la tienda... pero también algo más.

Mientras avanzaba por los pasillos, Cornelia pensaba en la cara que pondría cualquiera de esos desconocidos si supieran los secretos que guardaba. Nadie habría creído que el señor Niemann en realidad había sido arqueólogo. Que se había relacionado con las personalidades más importantes de su época o que había vivido un pasado de aventura, con descubrimientos impresionantes.

Cornelia lo había averiguado todo a causa de la herencia. En ella, Niemann le había dejado un último reto como despedida. Y, cuando logró resolverlo, la chica había descubierto un almacén secreto en el sótano de la tienda. Un lugar con información confidencial a salvo de cualquier curioso. Algo que había prometido custodiar.

Aparte de ella, solo dos personas conocían los secretos del doctor Niemann: el abogado Truman, depositario de sus asuntos legales, y Miguel, que había descubierto todo el pastel a la par que ella.



La participación de su amigo había llegado por casualidad. Juntos habían resuelto ese primer misterio que Niemann le había dejado como despedida. Por eso, a Cornelia no le quedaban dudas de su lealtad. Eran lo que podría decirse un buen equipo.

Cornelia se sentía aliviada por contar con Miguel. Lástima que fueran a colegios distintos y que su amigo hubiera empezado secundaria en otro lugar. Sin duda, habría afrontado el primer día con más calma.

Sin embargo, pronto vio que no había qué temer. Parecía que el ambiente del centro era bueno y que los otros estudiantes estaban igual de perdidos que ella. A pesar de eso, Cornelia se aseguró de localizar los aseos, pues siempre quedaba la opción de resguardarse un rato en el baño.

Cuando entró, vio que no estaban mal. Confirmaban que se hallaba en una buena escuela. Todo estaba bastante limpio. A excepción, claro está, de las puertas, llenas de mensajes de otros años.

Cornelia sonrió al ver los dibujos y leer cada una de las frases. Eran verdaderas conversaciones entre las alumnas del centro.

Pensó en Miguel. En lo mucho que le gustaba el arte urbano. Y fabuló con su amigo iniciando su propia conversación, en la puerta de su baño, en el interior de su nueva escuela.



Ni Cornelia ni Miguel habían acordado verse después del colegio, pero algo los guio a ambos hasta Antigüedades Niemann esa misma tarde.

Parecía que el caos de la mañana nunca hubiera existido. El local lucía organizado como por arte de magia y, cuando Cornelia y Miguel aparecieron, Astrid terminaba de colocar un par de piezas en la vitrina.

—Creo que por hoy hemos terminado —dijo satisfecha.

Cornelia no sabía cómo agradecerle a Astrid tanto esfuerzo. Antigüedades Niemann resurgía y lo hacía en todo su esplendor.

Había sido igual que con el asunto de las clases. Cornelia recordó los nervios de la mañana y cómo estos se habían disipado nada más entrar en el aula.

—En realidad, hoy ha sido el primer día para todo el mundo —comentó Astrid—. Seguro que los demás estaban igual de nerviosos que tú.

Miguel, sin embargo, no se había sentido inquieto en absoluto. Más bien, expectante. Para él, el colegio nuevo era como colocarse ante un folio en blanco. Un comienzo lleno de emoción.

—Deberías marcharte ya a casa —sugirió Cornelia a Astrid.

—Sí —asintió la chica—. Solo quedan esas cajas. Pero ya las colocaré mañana. Aunque... un momento.

Astrid reparó en una caja distinta a las otras. Se trataba de la que había dejado el mensajero por la mañana. El paquete llevaba todo el día en el suelo sin que nadie le prestara atención. Cornelia supuso que la curiosidad de Astrid podía más que su cansancio, pues se empeñó en abrirla antes de marcharse.

—Viene a nombre del señor Niemann —señaló Miguel antes de cortar la cuerda que la rodeaba.

—Oh, vaya —se lamentó Astrid—. No saben que falleció...

—Bueno. Pero ahora estamos nosotras —respondió Cornelia con resignación—. ¿Qué contendrá?

No tardaron mucho en averiguarlo. Nada más deshacer el embalaje, los tres se asomaron para ver el interior. Cornelia rebuscó entre la amalgama de papel de burbuja y extrajo un objeto pesado muy bien empaquetado.

—Eso es... ¿un ladrillo? —preguntó Miguel con cara rara.

—Una especie de azulejo, sí —confirmó Astrid.

Por suerte, el objeto no llegaba solo. Una nota lo acompañaba.



Estimado señor Niemann:

Le envío este azulejo con idea de que me indique su procedencia.

Lo he encontrado en circunstancias especiales y no sé si tiene valor.

¿Podría usted ayudarme?

Puede responderme a este número: 212 3

A la espera de sus comentarios, reciba un saludo.

R.



—¿R? ¿Quién narices firma como R? —preguntó Astrid.

—Sí, es curioso —comentó Cornelia tras voltear la caja—. El paquete no tiene remitente.

—Vaya, vaya... un cliente que quiere permanecer en el anonimato —fabuló Miguel—. ¡Eh, un momento! ¿Será alguien famoso?

Astrid no respondió. Ya estaba enfrascada con el objeto. Necesitaba tomarse su tiempo y empleó un buen rato en analizarlo.

—No sé quién lo habrá enviado —dijo, al fin—, pero lo cierto es que sus sospechas son ciertas. Este azulejo es bastante valioso.

—¿Ah, sí? —preguntó Miguel.

—Claro que sí. Fijaos en esto.

Astrid acababa de señalar la parte trasera del azulejo.

La que no tenía esmalte y solía quedar pegada al cemento. En ella, una marca con las letras R. GUASTAVINO daba una pista muy buena de su procedencia.



—Se trata de un azulejo de Guastavino. Probablemente de los primeros que se fabricaron. Esto, queridos míos, es historia de Nueva York.

Miguel y Cornelia se miraron como si Astrid acabara de señalarles un diamante y ellos solo vieran carbón.

—Os explicaré quién era Guastavino y así lo entenderéis mejor.

—Sí, por favor —respondió Miguel—. No nos dejes así. Ni se te ocurra marcharte ahora.

Astrid sonrió y comenzó con su historia:

—A Rafael Guastavino se le conoce como el arquitecto de Nueva York. Fue el responsable de un montón de edificios que siguen en pie hoy en día. Pero, ante todo, fue un hombre muy revolucionario.

—¿Ah, sí? —preguntó Cornelia, interesada.

—Tenemos que situarnos a finales del siglo XIX, cuando la mayoría de las ciudades se incendiaban con frecuencia —continuó Astrid—. Guastavino llegó a Nueva York desde España con un modo de construir distinto. Uno a prueba de incendios. Podéis imaginar lo importante que fue eso en la época: ¡edificios que no se quemaban!

—¿Y cómo lo hacía? —preguntó Cornelia—. ¿Cómo lo consiguió?

—Con una idea revolucionaria: la bóveda tabicada. En realidad no era algo nuevo. Guastavino la trajo de Europa, donde se edificaba así desde hacía siglos. Pero le dio su toque personal. Imaginad: era otro modo de construir techos. Eran baratos, ligeros ¡y no ardían!

Cornelia podía imaginar lo novedoso que habría sido eso para la época. El señor Niemann le había explicado que a finales de ese siglo hubo una auténtica revolución en el arte y en las ciencias. La gente no paraba de inventar cosas.

—Como Guastavino se encargaba de construir un montón de bóvedas —continuó Astrid—, pensó

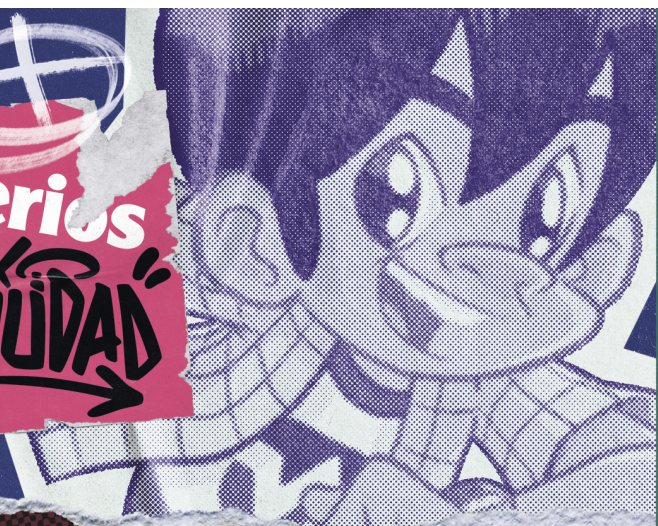
que también podía decorarlas. Así que, en lugar de pintarlas, empleaba ladrillos o azulejos como este. El resultado era precioso. Podemos verlo en un montón de edificios de la ciudad. Como en Grand Central Terminal o el vestíbulo de Ellis Island, la isla por la que cualquier emigrante tenía que pasar antes de entrar en Nueva York.



Miguel observó el azulejo. A pesar de los años, el verde del esmalte no estaba descolorido en absoluto. Después, reparó en las letras que había a su vuelta.

—Así que esta era la marca de su empresa...
—murmuró.

—Exacto —confirmó Astrid—. En realidad, su nombre oficial era Guastavino Fireproof Construction Company. Hacían sus propios ladrillos y azulejos, así se aseguraban de que los materiales tuvieran la máxima calidad. Ya sabéis, con el fuego no se juega.



Misterios en la GRAN CIUDAD

Cornelia y Miguel reciben un ladrillo antiguo por correo.

Su remitente no quiere revelar su identidad, pero los reta a solucionar un enigma por el metro de Nueva York. Los chicos descubren que el ladrillo misterioso pertenecía a Guastavino, el arquitecto responsable de muchas maravillas de la ciudad. Pero ¿qué relación tiene el enigma del metro con Guastavino?

¿Qué secretos ocultan los pasadizos de Nueva York?

¿Tendrá que ver con los grafitis que han aparecido en el barrio?

Solo Cornelia y Miguel serán capaces de descubrirlo.



ANAYA

www.anayainfantiljuvenil.com

1578921

ISBN 978-84-143-4312-8



9 788414 343128